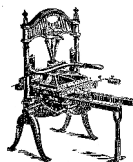


María Inés Tato | Martín O. Castro
compiladores

Del Centenario al peronismo.
Dimensiones de la vida política argentina



COLECCIÓN BITÁCORA ARGENTINA
Dirigida por Alejandro Falco

María Inés Tato | Martín O. Castro
Del Centenario al peronismo. Dimensiones de la vida política argentina. 1a ed. Buenos Aires: Imago Mundi, 2010.
256 p. 23x15 cm
ISBN 978-950-793-096-6
1. Historia Argentina . I. Castro, Martín O. II. Título
CDD 982
Fecha de catalogación: 03/03/2010

©2010, María Inés Tato | Martín O. Castro
©Diseño y armado de interior: Alberto Moyano, hecho con $\text{\LaTeX}$
©2010, Ediciones Imago Mundi
Distribución: Av. Entre Ríos 1055, local 36
email: info@imagomundi.com.ar
website: www.imagomundi.com.ar

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en Argentina. Tirada de esta edición: 1000 ejemplares

Este libro se terminó de imprimir en el mes de abril de 2010 en los talleres gráficos CARYDE EDITARE, Udaondo 2646, Lanús Oeste, Provincia de Buenos Aires, República Argentina. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito del editor.

Los despojos sagrados: funerales de estado, muerte y política en la Argentina del Centenario*

Sandra Gayol

.....

Apenas despuntaba 1906. *La Nación* primero, pero luego casi todos los periódicos del país, daban cuenta de la muerte de Bartolomé Mitre. Los diarios y la mayoría de los medios gráficos brindaron durante varios días información detallada de un acontecimiento inédito en la argentina independiente. En la capital de la república, en la ciudad de La Plata, en las capitales de provincias, pero también en minúsculos pueblos del interior, la ciudadanía se movilizó a la plaza principal para rendir tributo «al gran patricio». Cadenas de discursos que exaltaban sus virtudes de hombre público, misas simultáneas en parroquias y catedrales en «sufragio del alma del esclarecido muerto»,¹ lo «más representativo» de la sociedad pero también, como no dejó de insistir el diario *La Nación*, una multitud participó de las exequias. Los periódicos, los semanarios, algunas memorias y las fotografías que se han conservado sobre el cortejo, son elocuentes y no dejan dudas del carácter multitudinario del acontecimiento. Los habitantes de la ciudad estaban acostumbrados a movilizarse por cuestiones muy diversas y también estaban habituados a rendir honores fúnebres o acompañar los restos de personalidades destacadas. En 1857, por ejemplo, la repatriación de los restos de Bernardino Rivadavia congregó a un público numeroso en el puerto de la ciudad.² En 1898 Buenos Aires participó con una ceremonia sacra de los funerales que en España se tributaban

* Este artículo es parte de una investigación mayor sobre los usos políticos de la muerte en la Argentina moderna. Quiero agradecer a María Inés Tato, Martín Castro, Luis Alberto Romero y a los integrantes del Grupo de Historia Política de la UNSAM por las críticas, preguntas y comentarios a una versión preliminar de este trabajo.

¹ *La Nación* (27 de enero de 1906), la frase está sacada de la cobertura del homenaje realizado en la ciudad de Olavarría, ubicada en la Provincia de Buenos Aires.

² Sobre este tema, véase Klaus Gallo y Manuel Socías. «La repatriación del “Padre de Buenos Aires”. Bernardino Rivadavia y la refundación de la república liberal en Argentina». En: *Funerales republicanos en América del Sur: tradición, ritual y nación*,

a Emilio Castelar. En julio de 1906, una «multitud seguía el ataúd» de Carlos Pellegrini al cementerio de La Recoleta; y lo mismo volvió a suceder en 1918 con el fallecimiento del poeta Carlos Guido y Spano.³ La muerte de Mitre multiplica con creces la presencia de la multitud y es, precisamente, esta presencia uno de sus rasgos distintivos. Pero además el funeral se caracteriza por el tono y la dinámica en que se despliega. No hay pompa pero sí un reconocido y apreciado sentido estético, no hay solemnidad ni expresiones elocuentes y desmedidas de tristeza, hay respeto de una multitud que despide con amor a un gran virtuoso. El otro rasgo novedoso, pero fugaz, es la unanimidad interpretativa que despertó. Todos se acoplaron públicamente al sentimiento general de que su muerte era una gran pérdida. ¿Por qué una persona tan controvertida en vida tuvo tal capacidad de conmocionar, aunque sin duda el sentido de la emoción y sus significado fueron muy variados, con su muerte? La muerte, el velorio y los funerales no expresaron y amplificaron las rivalidades políticas del momento como había sucedido antes, por ejemplo con el asesinato de Manuel Dorrego en 1828, o como sucederá después, por ejemplo, con Hipólito Yrigoyen en 1933, Juan Domingo Perón en 1974 o incluso Raúl Alfonsín en 2009.

El militar escasamente dotado y de intervenciones controvertidas, el político celoso de los intereses porteños e inflexible a las ideas de los otros; el poeta mediocre y el historiador parcial; todos fueron rápidamente eclipsados y silenciados desde que se conoció la noticia de su muerte. Públicamente el elogio prima. Incluso el diario *La Vanguardia*, crítico de su figura, no escapó a este impulso laudatorio general. Si el jubileo celebrado en 1901 en ocasión de cumplir 80 años puede ser pensado como un camino en la construcción de su figura como un *Gran Hombre*, fueron su muerte y los funerales las que permitieron transformar a quien era un *Gran Hombre* vivo, en un ancestro venerable que serviría de ejemplo a las futuras generaciones.

Este artículo propone colocar el «arte de morir» en el corazón de la elaboración de un personaje público. Analiza algunos instrumentos puestos en juego para la fabricación de la «apoteosis» y la coronación «definitiva» de su persona. El énfasis está puesto en la agonía, la comunicación pública de su muerte y los funerales de estado. La prensa, con una cobertura sin precedentes, jugó un papel clave y fue esencialmente a través de ella que se le rindió un homenaje decisivo que permitió a Mitre encarnar la figura sincrética del *Gran Hombre*: democrático,

1832-1896. Ed. por C. Mc Evoy. Santiago de Chile: Ediciones Centro de Estudios Bicentenario, 2006.

³ Para el funeral sacro de Castelar: *Caras y Caretas* (3 de julio de 1898); para el de Pellegrini: *El Diario* (18 de julio de 1906); y para el de Guido y Spano: *Caras y Caretas* (25 de julio de 1918).

ciudadano y padre de familia y cuyo único título de grandeza era el servicio humildemente rendido al país y a la humanidad.⁴

El proceso de heroización

El acontecimiento se sitúa en enero de 1906. En realidad empieza a incubarse en diciembre de 1905 cuando el diario *La Nación* brinda por primera vez públicamente información de la enfermedad de Mitre.⁵ Mitre enfermo, Mitre delicado de salud, Mitre gravemente enfermo, fueron formas de citar y difundir un estado individual que siempre se pensó para el gran público. Podría decirse, siguiendo a Pierre Nora, que la muerte de Mitre fue un acontecimiento moderno, es decir, que se desarrolla sobre una escena inmediatamente pública que no deja jamás de reportar al espectador. Hay una visibilidad transparente del acontecimiento.⁶ Todo comenzó en su agonía puesta al servicio de la multitud. Virtudes privadas y virtudes públicas interactúan en la construcción póstuma del *Gran Hombre*. No hay límites entre lo privado y lo público, y esta regla parece reforzarse en los tramos finales de su vida. A través de los periódicos, que publicaban renovadamente los cambiantes estados del enfermo,⁷ por medio de la célebre pizarra del diario *La Nación* en donde se estilaba difundir las noticias impactantes, por la renovación, cada media hora, de los partes médicos afichados al lado de la puerta de la casa particular, y por el intenso comentario oral, sus órganos más íntimos y sus posturas desplegadas en su lecho privado eran objeto de información y de comentario, y no fueron pensados como una intromisión obscena en la privacidad del involucrado y de su familia.⁸ Minuciosas y sin mediaciones, estas descripciones eran un llamado a la humildad, una prueba de la ley inevitable de la muerte y, al mismo tiempo, indicadores de un proceso de heroización que se nutre de virtudes de tradiciones muy diversas.

En la prensa la muerte se entreve, se imagina y se presume, es preparada y pensada como la conclusión normal; pero al mismo tiempo,

⁴ Jean-Claude Bonnet. « Les morts illustres. Oraison fúnebre, éloge académique, nécrologie ». En: *Les Lieux de mémoire*. Ed. por Pierre Nora. Vol. II. París: Gallimard, 1997.

⁵ El 1º de diciembre de 1905 el diario informa sobre la enfermedad, el 3 cuenta sobre su estado de salud, opinión de los médicos y de las visitas que recibe el enfermo, y el 5 del mismo mes se refiere a las repercusiones que causó la noticia de su enfermedad en el país y en el exterior.

⁶ Pierre Nora. « Le retour de l'événement ». En: *Faire de l'Histoire*. Ed. por J. Le Goff y Pierre Nora. París: Gallimard, 1974, p. 307.

⁷ Por ejemplo por medio de las correspondencias los diarios del interior del país recibían y difundían los partes médicos.

⁸ Por ejemplo, también la enfermedad y agonía de Carlos Pellegrini se cuenta –quizás con menos detalle– en los diarios. Sus últimos momentos, el encuentro último con su esposa, los gritos proferidos durante su agonía escuchados nítidamente por quienes se encontraban en la planta baja de su casa, etc. *El Diario* (17 de julio de 1906).

el narrador tiende a profesar el deseo y la esperanza de una cura. Esta ambivalencia fue habitual en el modo en que la prensa rinde cuenta de los últimos días del *Gran Hombre*.⁹ Así,

«el General conservaba su lucidez perfecta y fue tal vez el primero en predecir el desenlace fatal. Ya he vivido demasiado. ¡Este es el fin natural de todas las cosas! Y conversaba de la muerte con admirable estoicismo. No se quejaba, no hacía un gesto de dolor pero deseaba acabar pronto. ¡Este es un trámite demasiado largo, decía! La naturaleza no abdica sin lucha, pero puedo asegurar que esta lucha me resulta incómoda. . . a veces, cuando los sufrimientos físicos cesaban, conversaba serenamente sobre los asuntos de actualidad. . . los últimos días fueron bien tristes, le sucedían ataques. La lucha se hacía dolorosa a medida que disminuía la resistencia física. . . hacíamos notar últimamente el asombro de los hombres de ciencia ante la resistencia excepcional de su organismo. Enfermos de su edad y de su mal no pueden resistir más de dos ataques como los sufridos por el General Mitre. ¡El resistió doce y se mantuvo cinco días sin probar más alimento que una pequeñísima dosis de levadura de uva! En los últimos días, cuando el desenlace fatal era ya inevitable, los facultativos no se atrevían todavía a predecir el fin de la resistencia. Podía durar un minuto como podía durar días. . . ».¹⁰

En este relato se impone una muerte romántica. El político que tantos discursos pronunciara en las inhumaciones de varios hombres públicos prominentes y el poeta que celebrara el culto de la muerte, conoció los dos perfiles de la muerte romántica: la necesidad de abandonarse y dejarse seducir por ella y, al mismo tiempo, el instinto de luchar férreamente contra ella. El gladiador que se bate y por momentos parece estar a punto de vencer, también murió bien. Para ponerlo en palabras de su biógrafo José Niño: «si la vida del General fue gloriosa, puede decirse que también lo fue su muerte». El arte de morir está en el corazón de la elaboración de un personaje público y Mitre supo morir.

⁹ Avner Ben Amos. « Les funérailles de Victor Hugo. Apothéose de l'événement spectacle ». En: *Les Lieux de mémoire*. Ed. por Pierre Nora. Vol. I. París: Gallimard, 1997.

¹⁰ José Niño anota: «... el Dr. Guemes, otro de sus médicos abnegados, asombrado de la fortaleza del general nos decía: este es el caso que nos tiene burlados y escapa a toda previsión. Todos los autores sostienen, incluso Charcot, que el primer síncope es rigurosamente fatal y sólo por excepción se producen dos, siendo este último igualmente fatal. Y bien, el general entre síncope y amagues, ha sufrido doce y vive todavía!». *Tribuna* (19 de enero 1906). José Niño. *Mitre*. Buenos Aires 1906, p. 207. Edición especial de 110 ejemplares. No fue con esta ambivalencia que la prensa trató la agonía de Carlos Pellegrini o, por ejemplo, de Luis Sáenz Peña. Para estos casos el carácter grave de la enfermedad primó sobre la construcción heroica del personaje.

La manera habitual de nombrar la muerte, de graficarla, era a través de la palabra / imagen estremecimiento. Esta ley inflexible y fatal de la naturaleza, es «un estertor, seguido de un formidable sacudimiento (que) precede a la caída». Descarga implacable esta muerte así presentada como habitual entre los seres humanos, no fue la que tuvo Mitre. *Tribuna* lo cuenta así:

«De a poco: el pulso iba cediendo. También el corazón. De cuando en cuando sus párpados se movían, ya parecía un último y fugaz destello en aquellos ojos socavados por el desgaste físico. Hubo un momento en que pareció insinuar una despedida con el gesto ante la consternación de cuantos rodeaban el lecho. . . a las 2:30 hs de la mañana fue llamado el Dr. Piñero ise iba! . . . (sic) en un momento se incorporó, hizo un gesto que pudo interpretarse como la suprema despedida y se desplomó. A las 4:38 hs de la mañana su pulso se detuvo para siempre. . . (sic) la impresión del momento es indescriptible. Rodeaban el lecho del *Gran Hombre* muerto los miembros de la familia: don Emilio Mitre, el doctor Luis Mitre, Jorge Mitre, Delfina Mitre de Drago, Josefina Mitre de Caprile, Angiolina Astengo de Mitre, Alberto y Enrique Caprile, Jorge y Luis Drago, Rosendo Mitre y Agustina Drago. Después los amigos, la cantidad de allegados que habían pasado la noche en vela. . . el personal de *La Nación* en masa. . . Mansilla, silencioso como una sombra, sobrellevando toda su desdicha con una entereza que sólo traiciona de cuando en cuando un sollozo contenido. . . ».¹¹

En estos relatos que escrutan la agonía el General, –pero también Quintana, Pellegrini, Luis Sáenz Peña e incluso mucho antes, Manuel Dorrego que no tuvo una muerte natural sino que fue asesinado–, sabe que va a morir. Mitre aparece consciente de su fin y también presidiendo su propia muerte. Podríamos replicar paso a paso el modelo trazado por Ariès para las sociedades europeas occidentales. En el curso del siglo XIX y hasta entrado el siglo XX, la muerte en la casa era una ceremonia pública presidida por el moribundo. Parientes, amigos, vecinos, conocidos, el cura y el público en general participaban de la instancia final.¹² Mitre presidió la «ceremonia del adiós» hasta que perdió el

¹¹ *Ibíd.*, en el número especial que dedicara a la muerte el semanario *Caras y Caretas* se dice: «. . . y en el momento en que la luz vence a la sombra, cuando se ve que todos los parientes acudían, acongojados a rodear el lecho del General, llamados por el Dr. Piñero, se tuvo la intuición de que el duro trance se aproximaba. . . ». *Caras y Caretas* (27 de enero de 1906).

¹² Philippe Ariès. *Morir en Occidente desde la Edad Media hasta nuestros días*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2000.

conocimiento, cuando lo relevó su familia. En la configuración que se diseña en los tramos finales el rol activo estuvo en la familia –su hijo, hijas y yernos– el equipo médico y el arzobispo. El 18 de enero, un día antes de su muerte física, recibió la extremaunción y el «arzobispo Monseñor Espinosa después de haber dado el pésame a la familia se acercó al lecho de muerte del General y, arrodillándose, oró durante diez minutos. Cuando Monseñor se incorporó su rostro estaba surcado por las lágrimas». ¹³ Era ésta la forma de morir predominante, deseable y esperada en la Argentina del Centenario. ¹⁴

La difusión de una fotografía de la habitación con el moribundo es el correlato visual de la crónica detallada sobre su estado en los tramos finales de su existencia cuyos mensajes y significados se refuerzan mutuamente. *Mitre en su lecho de dolor* como denominó *La Nación* al grabado que publicó el 20 de enero de 1906 y que el semanario *Caras y Caretas* reprodujera como fotograbado el 27 del mismo mes, fue una imagen que brindaba información sobre una buena muerte pero también era un artefacto clave en la fabricación de su imagen póstuma (véase figura 1 en la página 15). La publicación en *Caras y Caretas* (véase figura 2 en la página 16) masifica la imagen y garantiza una circulación moderna que sin duda contó con la autorización y beneplácito de la familia Mitre. ¹⁵

Es sabido que el medio fotográfico se pensó, de manera casi unánime en el siglo XIX, con la capacidad para reproducir objetivamente la realidad a partir de la forma mecanizada de su modo de producción. ¹⁶

¹³ *Tribuna* (19 de enero 1906).

¹⁴ En diciembre de 1906 Luis Sáenz Peña «... al sentir que moría dirigió tiernas miradas de despedida a los hombres de su familia que rodeaban su lecho. El cura de San Ignacio, Doctor Pacífico Alcobet, prestó los auxilios de la religión». «Penetramos en la alcoba mortuoria. El Dr. Pellegrini se halla tendido en un ancho lecho de madera, atada la cabeza con un pañuelo que comprime sus mandíbulas. Un cirio alumbra el cuarto y alrededor del cadáver rezan la esposa y la familia del extinto». Ambas citas en *El Diario*. El semanario *Caras y Caretas* publica una imagen de Pellegrini acostado en su cama, se ve el rostro y apenas una parte del pecho, flanqueado por una prominente cruz. Es imposible saber si fue el moribundo, su esposa o alguien de su familia, quien toma la decisión de recibir, en el tramo final, los auxilios de la religión católica. *La Voz de la Iglesia* cuando relata la muerte de Mitre destaca: «... el deja a las generaciones de su país un ejemplo hermosísimo, de benéfica enseñanza, en una época en que en muchos espíritus superiores se ha eclipsado el sentimiento religioso. En general Mitre ha querido morir en el seno de la Iglesia Católica, reconciliándose con ella en un momento de inspiración salvadora... (es) una manifestación espontánea de su voluntad...». *La Voz de la Iglesia* (19 de enero de 1906).

¹⁵ Véase Andrea Cuarterolo. «La muerte a cinco columnas. Fotografía mortuoria de personajes públicos en el Río de la Plata». Mimeo; para el impacto de la imagen y del nuevo lenguaje surgido del encuentro entre lo escrito y las ilustraciones en la política y en la vida cotidiana: Laura Malosetti Costa y Marcela Gené. *Impresiones porteñas. Imagen y palabra en la historia cultural de Buenos Aires*. Buenos Aires: Edhasa, 2009.

¹⁶ Philippe Dubois. *El acto fotográfico. De la representación a la recepción*. Barcelona: Paidós, 1986; Rosalind Krauss. *Lo fotográfico. Por una teoría de los desplazamientos*. Barcelona: Gustavo Gili, 2002.



Figura 1 – Anónimo. «Bartolomé Mitre en su lecho de muerte». En: AGN: (1906)

La imagen de Mitre moribundo, en donde la puesta en escena y el punto de vista son cristalinos, apuntaba a informar sobre una verdad. Esta imagen periodística da cuenta de un hecho histórico,¹⁷ informa sobre un acontecimiento, pero apunta también a una construcción póstuma. Podría decirse que esta imagen porta veracidad en dos sentidos: por un lado ratifica una agonía públicamente conocida, transmite la calma y el cuidado que gozó el enfermo; y por otro lado es portadora de un sentido crístico vital en el proceso de construcción de su figura como una deidad republicana. La habitación es sencilla,¹⁸ con escasa ornamentación y definida por referentes familiares y personales. En la cabecera de la cama de bronce se destacan los cuadros con retratos de miembros de su familia (su mujer y sus hijos Jorge, Adolfo y Bartolomé ya fallecidos) y el célebre sombrero chambergo. Una silla se asoma apenas al lado de una de las mesas de luz en donde sobresalen especialmente los libros y una taza.¹⁹ La ubicación de los objetos en el dormitorio y el tipo de mobiliario tiene poco en común con los fastuosos dormitorios de la elite argentina. No es el fasto, la sobreddecoración y el apiñamiento de obje-

¹⁷ Cuarterolo, «La muerte a cinco columnas...»

¹⁸ Este es el adjetivo más usado por los diarios para referirse a la habitación.

¹⁹ *Tribuna* cuenta: «... la habitación es sencilla, no tiene mayor ornato que algunos retratos y cuadros... un ropero de roble y un tocador, sillas y un sofá completan el mobiliario del ilustre patricio». *Tribuna* (21 de enero de 1906).



Figura 2 – *Caras y Caretas* (27 de enero de 1906).

tos, sino la simpleza y el despojo lo que prima.²⁰ El cuadro material del agonizante es un signo más de su proclamada austeridad republicana. Esta imagen tiene poco en común, también, con la representación más habitual de la muerte entre los hombres públicos. En general, al menos en el período aquí analizado, eran retratados cabeza yacente, muertos, o a través de un retrato tomado en vida que acompañaba el texto anunciando su muerte.²¹ *Su lecho de dolor* por la cantidad de información que contiene y por el tamaño de la imagen es excepcional. Reproducida y reapropiada²² no transmite crueldad sino tranquilidad y belleza. «La impresión que el cuadro produce es tan grande, tan intensa, que

²⁰ Para las inclinaciones estéticas, los gustos y consumos de la elite: Noé Jitrik. *El mundo del ochenta*. Buenos Aires: Capítulo, 1982; María Isabel Baldasarre. *Los dueños del arte. Coleccionismo y consumo cultural en Buenos Aires*. Buenos Aires: Edhasa, 2006.

²¹ Véase: *Caras y Caretas* (17 de julio de 1899); *Caras y Caretas* (14 de diciembre de 1907); *PBT, Semanario infantil ilustrado* (14 de diciembre de 1907); *La Nación* (14 de diciembre de 1907); *El Diario* (17 de julio de 1906).

²² El semanario *PBT* publica el 27 de enero de 1906 un homenaje a Mitre. Titulado «La muerte del gran ciudadano» el texto contiene muchas imágenes. Entre ellas se reproduce la publicada inicialmente por el diario *La Nación* el 20 de enero e inmediatamente debajo de ésta un «apunte al natural tomado por el director» claramente inspirado en aquella. Aquí Mitre ya muerto es el objetivo –no hay prácticamente objetos, sólo los cuatro cuadros con integrantes de la familia colgados en la cabecera de la cama– yace en su lecho de frente, no de costado, con las manos entrelazadas, mi-

los detalles materiales percíbanse transformados. Todo es allí grande y sugestivo, todo sería tan hermoso si no fuera tan triste. . . (sic).²³ José Pedro Barrán captó el pasaje hacia una muerte «civilizada» a partir de ocultamientos, sublimaciones, retaceos, negaciones; de la imagen de la muerte en sus aspectos más crueles, descarnados, violentos.²⁴ En este sentido es difícil imaginar los signos más evidentes de la enfermedad y el deterioro del cuerpo de Mitre.²⁵

Bella, civilizada,²⁶ la dignidad de la composición, la cabeza recostada sobre las almohadas que se inclina hacia atrás como en movimiento abonaron la similitud con Cristo e imaginaron su partida en términos de ascensión. Hay en esta imagen, pero también en la que aparece cabeza yacente en el féretro, una cantidad de elementos simbólicos que funcionan / provocan / contribuyen a la estetización y negación de cualquier signo de crudeza. Esta tercera imagen, si bien aparece Mitre muerto en el féretro con barba abundante y muy delgado, tampoco impresiona, y el juego de luces y sombras es central: de perfil, cubierto con un manto color claro y flanqueado por su célebre biblioteca, la luz irradia y se eleva desde el cajón (véase figura 3 en la página 18).²⁷

En las imágenes que hay del cadáver, muy minoritarias en relación a la amplísima cobertura visual que tuvo el velorio y el funeral,²⁸ la equiparación con Cristo son evidentes. Por su rostro, por la apelación

rando hacia el techo de su habitación. *PBT, Semanario infantil ilustrado* (27 de enero de 1906).

²³ *El Diario* (26 de enero de 1906).

²⁴ José Pedro Barrán. *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*. Vol. 2: *El disciplinamiento (1860-1910)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1991.

²⁵ El diario *La Razón* pone en palabras la decadencia y el dolor: «... cuerpo del prócer que entra en el reducido espacio de cuatro tablas y la estrechez de un sepulcro bastan ahora para encerrar al que ha llenado el continente con sus gestas. . .». *La Razón* (22 de enero de 1906).

²⁶ Laura Malosetti Costa muestra a través del cuadro de Juan Manuel Blanes «Un episodio de la fiebre amarilla en Buenos Aires, 1871», el pasaje del *ethos* al *pathos*, de la «barbarie» a la «civilización» en donde Blanes muestra una escena «horriblemente bella». Laura Malosetti Costa. «Buenos Aires 1871: imagen de la fiebre civilizada». En: *La enfermedad en América latina*. Ed. por Diego Armus. Buenos Aires: Lugar, 2005, p. 56.

²⁷ La reproduce en su número homenaje. *Caras y Caretas* (27 de enero de 1906).

²⁸ Sobre la fotografías de difuntos en Argentina, véase: Cuarterolo, «La muerte a cinco columnas. . .» Luis Priamo. «Sobre la fotografía de difuntos (primera parte)». En: *Revista Fotomundo*, n.º 269: (sep. 1990); D. Guerra. «Instantes decisivos, imágenes veladas. Sobre la decadencia y desaparición del retrato fotográfico de difuntos en Buenos Aires, 1910-1950». En: *IX Congreso Argentino de Antropología Social*. CAAS. Buenos Aires 2008, no es éste el espacio para discutir si la fotografía de difuntos fue significativa o no en Argentina. Los autores mencionados postulan, por razones distintas, que la decadencia de la fotografía de difuntos comienza alrededor del Centenario. Las cifras de estas fotografías comparadas con las fotografías en general que se conservan son muy minoritarias, siempre, y las fotos del muerto puestas en relación con el número de fotos tomadas de los concurrentes al sepelio e inhumación siempre son sustantivamente menos; también véase D. Guerra. «Adiós, papá grande. Fotografías de próceres muertos en la Argentina del Centenario». Mimeo. n/d.



Figura 3 – Bartolomé Mitre en su lecho de muerte. Museo Mitre.

a la ascensión sugerida por la luz (y enunciada en algunos discursos) Mitre fue propuesto y celebrado como un héroe de la nación con características cristianas. Pero no fue, sin embargo, un semidios, ni tampoco un apóstol. A diferencia de Hipólito Yrigoyen, que construye su relato mínimo con invocaciones directas a Jesús, los apóstoles y su capacidad para convertir a los infieles a la causa del Partido Radical,²⁹ Mitre se demarca y diferencia al ofrecer como único título de grandeza, el servicio humildemente rendido al país y a la humanidad. El mismo discurso republicano del culto al *Gran Hombre* se alimentaba de nociones cristianas, ayudando a expresar sentimientos de reverencia e inspiración que el pueblo iba a experimentar ante la muerte gloriosa. En el elogio fúnebre publicado en el periódico *El Pueblo* de Federación en Entre Ríos, Mitre fue llamado «repúblico sin mácula, apóstol de la democracia que vestiste de tus labios evangelios de justicia, de libertad y de derecho...».³⁰ Para *El Pueblo* de Saladillo, ciudad de la Provincia de Buenos Aires, «es desde el sepulcro desde donde comienza la ver-

²⁹ Marcelo Padoán. *Jesús, el Templo y los Viles Mercaderes. Un examen de la discursividad yrigoyenista*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2002.

³⁰ *El Pueblo* (22 de enero de 1906).

dadera e indiscutible grandeza y su inmortalidad».³¹ En el panegírico pronunciado por Roldán la humanidad no «... está en presencia de la muerte, estamos en presencia de una ascensión. Este día de hoy es como el Sábado de Gloria de su encarnación soberana... (sic) tañen allá lejos invisibles campanas, quién sabe qué flores se alcen en quién sabe qué olímpicos vergeles y el pórtico de la casa de la muerte ejecute un arco de triunfo bajo el cual acabaría de pasar una vida... vagará su espíritu en esta tierra americana como el incienso en los templos de Cristo...».³²

En esta ascensión sublime, gloriosa como la de Cristo, eran los espíritus –no el alma– de San Martín, Belgrano, Moreno y Rivadavia quienes abrazarían y darían la bienvenida al espíritu del Gran Patrio.³³ Otros consideraban que «el mausoleo del padre de la patria institucional –Mitre– puede y debe llevarse contiguo al del padre de la patria geográfica y política –San Martín–».³⁴ Un lenguaje así metamorfoseaba en un personaje cristiano cuya muerte no debía ser considerada como un fracaso humano, sino como un triunfo que permitía la redención tan esperada, la unificación de la nación. Mitre ingresaba directamente y sin mediaciones en el eslabón de la nación iniciado por los próceres del pasado patrio legitimado y, al mismo tiempo, con su propia muerte aglutinaba hilos dispersos en un país en plena mutación. El funeral multitudinario y en cadena, se repitió simultáneamente en la mayoría de las ciudades y poblados del país,³⁵ y provocó un sentido de anónima comunidad imaginada que fue claramente sentida por los contemporáneos.³⁶ Su ingreso triunfal entre los hacedores de la nación inyectaba un sentimiento de comunidad y pertenencia que si bien encontraba una de sus expresiones simbólicas en el abrazo fraterno con los gestores de mayo, tenía también un claro correlato material asentado en la densidad y corporidad de su propio legado.

¿Qué era Mitre? se preguntaban los contemporáneos. A coro enumeraban: patriota, tribuno, guerrero, estadista, parlamentario, gober-

³¹ *La Nación* (20 de enero de 1906).

³² El discurso fue pronunciado en el momento de lanzamiento de una colecta para erigirle un monumento a su memoria. La misma se realizó en la Bolsa de Comercio de Buenos Aires el 8 de febrero de 1906, véase *La Nación* (9 de febrero de 1906).

³³ *El Pueblo* (22 de enero de 1906).

³⁴ *Tribuna* (20 de enero de 1906).

³⁵ El 21 de enero, cuando recibe inhumación en el cementerio de La Recoleta, hubo movilizaciones a las plazas principales de las ciudades del interior para «rendirle homenaje». El funeral religioso en la catedral metropolitana de Buenos Aires el 26 de enero de 1906, también fue replicado en las iglesias del interior del país. Por ejemplo en el poblado de Guaminí, Provincia de Buenos Aires, en el centro de la iglesia se levantó un gran túmulo al que le hacían guardia de honor los gendarmes de policía. *La Nación* (30 de enero de 1906).

³⁶ Eric Hobsbawm. "Mass producing traditions: Europe, 1780-1913". En: *The Invention of Tradition*. Ed. por Eric Hobsbawm y T. Ranger. Cambridge: Cambridge University Press, 1983, hay edición en español por Barcelona: Crítica, 2002.

nante, historiador, poeta, investigador y cultor de las ciencias y las letras.³⁷ «Foja de la orfandad y la pobreza (como los héroes de la independencia) combatió con todas sus fuerzas a la barbarie entronizada (Juan Manuel de Rosas)».³⁸ Esta «personalidad múltiple», para ponerlo en términos de la *Revista Nacional*, aglutinaba valores políticamente necesarios, socialmentepreciados y difíciles de encontrar todos juntos en una misma persona. Era la posesión de todos estos rasgos nobles, casi divinos, que lo convertía en héroe y por ende habilitaban la pretensión de hacerlo ingresar, sin cuestionamientos, al altar de la Patria.³⁹

Como se sabe el héroe necesita carisma, es decir, cualidades personales sobrehumanas, sobrenaturales o al menos excepcionales, que lo coloquen aparte de los hombres ordinarios y que lo hacen heroico.⁴⁰ Estas cualidades son muy variadas. La energía visionaria y la capacidad para hablar en público caracterizan a Simón Bolívar, la astucia al revolucionario mexicano Emiliano Zapata,⁴¹ la maestría militar a San Martín, y la erudición y capacidad oratoria fueron reconocidas, por ejemplo, a Mariano Moreno. Bartolomé Mitre, se decía al momento de su muerte, poseyó todas ellas juntas y se valió de cada una de ellas en el momento adecuado y en la forma precisa. Estas dotes extraordinarias repetidas con singular monotonía en las crónicas de 1906 permitían, a su vez, distinguirlo de muchos hombres públicos del siglo XIX y del temprano siglo XX. Frente a la «comunidad utilitaria» dominante en los albores del Centenario, Mitre es presentado como austero, virtuoso y ajeno a las especulaciones con la fortuna pública y con las posiciones oficiales.⁴² Su austeridad cívica convive con el incesante cultivo de su espíritu ausente, en palabras de *La Vanguardia*,

«en la abigarrada caterva de los gobernantes sudamericanos. Fue el jefe político del país apenas salido este de la tiranía y no aspiró a la dictadura. La cordura de Washington que no quiso ser rey, fue un gran favor para la gran república estadounidense. . . actuando en un medio políti-

³⁷ *Revista Nacional* n.º 1 (1906).

³⁸ *Tribuna* (19 de enero 1906).

³⁹ Para las permanentes disputas entre los intelectuales y gobernantes del período sobre quiénes deberían integrar el panteón nacional: Lilia Ana Bertoni. *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas: la construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*. Buenos Aires: FCE, 2001.

⁴⁰ Max Weber. *On Charisma and Institution Building*. Chicago: University of Chicago Press, 1968.

⁴¹ Para la variedad de rasgos o cualidades carismáticas que poseían algunos héroes de la independencia y del período nacional en América latina, véase Samuel Brunk y Ben Fallaw. *Heroes and Hero Cults in Latin America*. Austin: University of Texas Press, 2006.

⁴² Esta imagen austera y desinteresada dedicada al bien común articuló el discurso que Estanislao Zeballos pronunció en el Teatro Argentino de La Plata el día de sus funerales, el 21 de enero de 1906.

co semi bárbaro, la cordura de Mitre no ha podido ser factor de nada tan grande al dejar elegir como sucesor suyo a Sarmiento contribuyó un poco a educar esta oligarquía... fuera del gobierno Mitre se ha ocupado de escribir versos y libros de historia, pasatiempos poco acostumbrados por los militares en general y por los de Sud-América en particular... todo esto es un elogio en un medio en donde lo que prima es la viveza criolla».⁴³

Artífice clave en terminar con la maleza de la tiranía, fue la pieza central para la organización nacional y el ingreso definitivo en la vida civilizada. Esta representación, básicamente compartida por los contemporáneos,⁴⁴ colocaba a Mitre en una perspectiva histórica inscrita en la tradición republicana y, al mismo tiempo, señalaba el fin de la era de los grandes hombres. La espectacularidad de los funerales tiene que leerse también en clave de clausura, de cierre. Con su desaparición culminaba el ciclo de los hombres civilizadores del siglo XIX. En palabras de *Tribuna*: «... perdemos al primero de los ciudadanos en momentos en que la república prueba hasta la evidencia que no necesita grandes que le sirvan de guía».

La muerte en escena, la nación en escena

La transformación de la muerte, último rito de pasaje, en una fiesta política no era nueva. Tampoco los funerales de estado. Durante la dominación española la muerte y las exequias del rey brindaban la ocasión de resaltar el poder de la monarquía y la perpetuidad de la dignidad del poder real. Luego, con las invasiones inglesas a la ciudad de Buenos Aires, en 1806 y 1807, se inició una novedosa tramitación de honores colectivos a todos aquellos que habían dado su vida en «defensa de la patria y de la religión».⁴⁵ La tributación de honores oficiales al General Manuel Belgrano, en 1820, o las honras fúnebres al asesinado Manuel Dorrego organizadas por Juan Manuel de Rosas en 1829, continuaron con una práctica de conmemoración que retomará sus bríos en 1880 y su mayor impulso en la de 1890.⁴⁶ La muerte de Bartolomé

⁴³ *La Vanguardia* (20 de enero de 1906).

⁴⁴ Para ver cómo los textos de la escuela pública recuperan a Mitre como gran ciudadano, virtuoso, y clave para la organización nacional definitiva del país, véase Lucía Lionetti. *La misión política de la escuela pública. Forman a los ciudadanos de la república (1870-1916)*. Buenos Aires: Miño y Dávila, 2007, p. 225 y ss.

⁴⁵ Para las diversas celebraciones y festividades en el pasaje de la colonia a la sociedad posrevolucionaria y durante la primera mitad del siglo XIX, pueden consultarse los trabajos compilados en Juan Carlos Garavaglia. *Construir el estado, inventar la nación. El Río de la Plata, siglos XVIII-XIX*. Buenos Aires: Prometeo, 2007.

⁴⁶ Para la necesidad y el deseo de honrar a los héroes de la patria iniciada en 1880 y profundizada en 1890, véase Bertoni, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas...* p. 255 y ss.

Mitre puede inscribirse en este movimiento general, pero también lo excede ampliamente.

Los más altos honores oficiales fueron rendidos al muerto. El gobierno nacional «en reconocimiento de sus virtudes cívicas y de los relevantes servicios que con tanta dignidad, consagración y patriotismo ha portado al país desde los cargos públicos. . . decretó honores correspondientes a presidente de la república».⁴⁷ De inmediato, a través de sus decretos y acciones respectivas, los gobiernos de todas las provincias argentinas y de los territorios nacionales se unieron al homenaje. Distintas delegaciones extranjeras expresaron sus condolencias y enviaron representantes oficiales a la celebración.⁴⁸ Los comercios cerraron sus puertas, se suspendieron los espectáculos públicos, las corporaciones se unieron al duelo nacional e invitaron a sus socios a participar del velorio y del funeral. Durante tres días consecutivos la ciudad capital y el resto del país⁴⁹ actuó en función del muerto. Nadie quería

⁴⁷ «Habiendo fallecido el teniente general don Bartolomé Mitre, y considerando: Que es deber del gobierno honrar la memoria de tan esclarecido ciudadano, como un homenaje a sus virtudes cívicas y a los relevantes servicios que con tanta dignidad, consagración y patriotismo ha prestado al país desde los cargos públicos que ha desempeñado. Que como ciudadano ha contribuido a cimentar el engrandecimiento de la nación legando a la posteridad en el conjunto de sus obras y de su acción fecunda, el fruto de su vigoroso espíritu y ejemplo de su noble conducta; que su múltiple actuación en la vida nacional ha dado días de honra y de gloria a la república, provocando manifestaciones de opinión que han consagrado ya su personalidad histórica, el Presidente de la república en acuerdo de ministros, decreta: art. 1: la bandera nacional permanecerá a media asta durante 10 días en todos los edificios públicos de la nación, buques de la armada y fortalezas en señal de duelo por el fallecimiento de Bartolomé Mitre; art.2: el cadáver del extinto será velado en la casa de gobierno y conducido para su inhumación al cementerio del norte el día domingo 21 del corriente a las 4 de la tarde, tributándose en el acto los honores militares correspondientes a presidente de la república; art.3: invítese por los respectivos ministerios para concurrir a los funerales e inhumación del extinto a ambas cámaras del congreso, poder judicial, cuerpo diplomático extranjero y reparticiones civiles y militares; art.4: invítese a sí mismo a gobiernos de provincias y territorios para que se asocien al duelo público por el fallecimiento del teniente general Mitre; art 5: por el Ministerio de Guerra y de Marina se impartirán las órdenes del caso para el cumplimiento de este decreto en lo que les concierne, disponiendo además, que en los diversos campamentos del ejército y buques de la armada se tributen los honores correspondientes; art 6: comuníquese, publíquese e insertese en el Registro Nacional. Quintana, Rafael Castillo, Carlos Rodríguez Larreta, José A. Ferry, Joaquín B. González, Enrique Godoy, Juan A. Martín, Damián M. Torino, Adolfo Orma». Decreto del Poder Ejecutivo Nacional, 19 de enero de 1906.

⁴⁸ El gobierno uruguayo envió un regimiento de artillería con 150 hombres, al ministro de Guerra general Castro y a Zorrilla de San Martín como representante civil. También vino una delegación de sobrevivientes de la defensa de Montevideo. El gobierno chileno envió una delegación y fuerzas del ejército. El de Brasil tres buques que atracaron en el puerto de Buenos Aires y los gobiernos de Perú y Bolivia delegaciones. Oficiales y soldados italianos desembarcaron del crucero Fierolusca para participar de las exequias. Todos los representantes diplomáticos acreditados participaron del velorio y del funeral.

⁴⁹ Hemos seguido en detalle la cobertura y la crónica del principal diario de la Provincia de Salta, *Tribuna Popular*, y las minuciosas transcripciones que hacía *La Nación* de

perderse el gran acontecimiento que al mismo tiempo provocaba. «Extraordinario», «digno», «nunca visto» fueron expresiones frecuentes para describir «un espectáculo único por su grandeza, por su solemnidad y significación». La sensación de que nunca antes y de que nadie antes había sido testigo de una manifestación de estas características es evidente en todos los testimonios escritos.

Es muy difícil conocer en detalle quiénes organizan el funeral, quiénes eligen su ritual, cómo se combinan sus diferentes elementos y los criterios invocados para su desarrollo. La familia, especialmente a través de Emilio Mitre, fue consultada por el gobierno y hay evidencias de que algunos de sus deseos primaron.⁵⁰ Por ejemplo se opuso al embalsamamiento del cadáver, eligió los pocos objetos que yacían sobre el féretro y pidió que el velorio comenzara en el domicilio particular de Mitre. El estado tuvo también un rol decisivo. En sucesivos decretos y disposiciones, trazó el marco general –un cañonazo cada media hora, los 101 cañonazos al momento de la inhumación, la convocatoria de todos los tenientes generales y generales para que participen de la guardia de honor–, se hizo cargo de todos los gastos, eligió la empresa funeraria, se ocupó de la ornamentación del sepulcro y del aseo de las calles, dictaminó con precisión por escrito el lugar de los individuos, las corporaciones y las autoridades en el cortejo, así como el orden de los oradores. La familia y el estado fueron los iniciadores de un homenaje que rápidamente pasó a manos de la multitud.

El ataúd de ébano con un escudo argentino en alto relieve sobre la cabecera de la tapa como único adorno, fue colocado sobre la mesa de trabajo del general.⁵¹ En el extremo opuesto al escudo, su uniforme militar y su último chambergo. Como Guardia de Honor, dos representantes del colegio militar y su célebre biblioteca terminaban de conjugar la presencia civil y militar que darán el tono predominante.⁵² Desde en-

distintos diarios del interior del país. La consulta de estos documentos no deja dudas de que el homenaje no fue exclusivamente porteño.

⁵⁰ No hemos encontrado ninguna referencia escrita de Bartolomé Mitre sobre las características que debería tener su funeral. Es poco probable que una persona tan celosa e inquieta en cultivar una determinada imagen pública, no haya expresado alguna vez sus deseos e intenciones para el día de su muerte.

⁵¹ Varias empresas de pompas fúnebres se ofrecieron a prestar sus servicios. Por ejemplo la empresa Volpi Hnos ofreció un «féretro de gran talla, en alto relieve, de popley imitación ébano, acolchado de raso, y de los que se hacen especialmente para las altas jerarquías del ejército. Muestra en la cabecera de la tapa un gran escudo con el que forma conjunto un fantástico trofeo de armas. Un montante destacaría bajo el escudo la chapa con la inscripción del prócer». *El Diario* (19 de enero de 1906); fue la Casa Mirás la encargada del entierro. El féretro finalmente elegido fue mucho más discreto y sencillo que el ofrecido por Volpi Hnos.

⁵² «¿Qué mejor guardia de honor que la de sus propios libros, sus más íntimos amigos, sus confidentes de todas las horas?». *Tribuna* (20 de enero de 1906); se creía que el chambergo acentuaba la personalidad de Mitre por sobre sus atributos militares. Su hijo Emilio, donó el último Chambergo del general al Museo Nacional inmediatamente después de ser inhumado. En ese momento declaró: «Si fue un guerrero victorioso,



Figura 4 – Bartolomé Mitre en su Biblioteca. Museo Mitre.

tonces, la «piadosa peregrinación del pueblo a la casa mortuoria»⁵³ fue incesante. Se calcula, según *La Vanguardia* «... que desde las 11 horas hasta la medianoche han desfilado por delante del cadáver aproximadamente 60.000 personas de las cuales la mitad mujeres».⁵⁴ Cuando a las 10:15 hs de la mañana del sábado el redoble de tambor anunció al público que el féretro salía de la casa mortuoria «la cuadra de la calle San Martín presentaba un aspecto curioso: el público quería a toda costa enterarse de cada detalle y el cordón de vigilantes tuvo que ser reforzado para evitar que la enorme masa rompiese sus filas e inundara la calle. De todos los balcones asomaban racimos humanos –si esta frase pudiese dar una idea del apiñamiento de millares de cabezas– y los fotógrafos se movían febrilmente de un lado a otro, tratando de fijar en sus placas cada aspecto de la escena».⁵⁵

Conducido a pulso por los veteranos de la guerra del Paraguay desde la biblioteca hasta la cureña, fue acompañado por una muchedum-

eclipsó su propia gloria con sus virtudes de repúblico e hizo desaparecer las palmas cultivadas en la guerra por los laureles cosechados en la paz bajo las aspiraciones del civismo...». *La Nación* (22 de febrero de 1906).

⁵³ *PBT, Semanario infantil ilustrado* (27 de enero de 1906).

⁵⁴ *El Diario* del mismo día habla de «... entre 80.000 y 100.000 personas». *La Vanguardia* (20 de enero de 1906).

⁵⁵ *El Diario* (20 de enero de 1906).

bre que lo escoltó hasta la casa de gobierno. Los «despojos mortales del gran patricio», como escribieron los periódicos, ingresaron «a la sacra morada de la casa de gobierno».⁵⁶ Fue mucho más que un simple traslado, fue un acto simbólico a través del cual el «cadáver por entero pasaba al pueblo devenido en guardián y en custodio».⁵⁷ A partir de aquí el rol del estado fue clave. Este traspaso que tenía como escenario central a la casa de gobierno – altar mayor del poder político y especialmente presidencial – y no al templo, devolvía el muerto «a las entrañas del pueblo».⁵⁸ El hombre-nación, como se lo llamó, renovaba así con creces el vínculo directo con la multitud,⁵⁹ vínculo que redundaba en beneficio de la nación.

El féretro fue estratégicamente ubicado para alimentar este nexo. Emplazado en el arco principal de la casa de gobierno frente a la Plaza de Mayo, permaneció abierto, puesto en altura y ligeramente inclinado para que pudiera ser observado desde la misma plaza. El público se «... aglomeró en el hall central ... en cuyo fondo la semioscuridad de la capilla ardiente, las luces eléctricas violeta y amarillo, el luto de los amplios cortinados, del catafalco... y el espíritu mismo de los que acudían allí, daban al palacio una grandeza imponente que el pueblo no le conocía aún».⁶⁰

Las transformaciones de la ciudad y la expansión del trazado urbano, intensa desde fines del siglo XIX, no alteraron sustantivamente el papel político, económico y social de la Plaza de Mayo y de sus inmediaciones.⁶¹ Las grandes conmemoraciones públicas se hacían aquí y dentro de este marco fue pensado el homenaje a Mitre. Pero la celebración rápidamente desbordó el espacio físico asignado. Los alrededores, describe *La Razón*, «ofrecían un imponente aspecto: la gente ya no circulaba por imposibilidad material; era un block humano que seguía la línea de las tropas, desde las aceras de la Bolsa hasta la calle San Martín por un lado, y por otro, como una cintura colosal que envolvía la Plaza de Mayo, extendiéndose por la Avenida». Los tranvías, seguían trayendo gente de todas partes de la ciudad «... muchísimas personas que no

⁵⁶ *El Diario* (19 de enero de 1906).

⁵⁷ *Tribuna* (20 de enero de 1906).

⁵⁸ Mitre. Colonia Argentina en el Paraguay. *Homenaje*, Paraguay, 1906.

⁵⁹ El sábado de la semana siguiente se harían en la catedral los funerales religiosos. También en la ciudad de La Plata se celebraron – el mismo día que en la capital – los funerales en la catedral. Sin embargo, tanto en Buenos Aires como en La Plata es clara la preponderancia del funeral civil (en La Plata se realizaron en el Teatro Argentino en donde se pronunciaron numerosos discursos).

⁶⁰ Niño, *Mitre*. . . p. 24.

⁶¹ Sobre este proceso, véase Adrián Gorelik. *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2004; James Scobie. *Buenos Aires del centro a los barrios, 1870-1910*. Buenos Aires: Hachette, 1977, 2da edición 1986.

podían hallar ubicación en las aceras repletas bajaban al Paseo de Julio y al de Colón esperando observar desde allí algunos detalles».⁶²

El itinerario indicado por el cortejo, la Avenida de Mayo siguiendo por Callao y República hasta desembocar en el cementerio de La Recoleta, también fue invadido por la multitud. Algunos buscaron ubicación desde las primeras horas de la mañana, estaba previsto que el cortejo iniciara su marcha a las 14 hs, pero otros se sumaron a último momento. Las calles, pero también las «azoteas de los palacetes de las dos avenidas y los balcones se hallaban materialmente cuajados de espectadores».⁶³ En los alrededores de La Recoleta

«el espectáculo era imponente. Como no bastaban las calzadas ni la propia calle para contener aquella muchedumbre que había roto todos los cauces, corriendo a desbordarse incontenible a todo rumbo, cientos de espectadores trepaban sobre los árboles ofreciendo desde lejos una perspectiva realmente curiosa. Hubo momentos en que se temía una desgracia pues los cipreses y plátanos agobiados por aquellos enormes racimos humanos, se doblaban, crujiendo...».⁶⁴

En estos relatos, en todos, es el pueblo, la multitud o la muchedumbre movilizada –palabras usadas indistintamente por los contemporáneos al evento– la principal protagonista. Fue también la que garantizó la apoteosis. En efecto, multitud, pueblo y apoteosis fueron las palabras del momento. La apoteosis «de todo un pueblo a su más alto y venerable ciudadano»⁶⁵ estaba garantizada en los dos sentidos del término: como deificación pagana de un héroe y como ensalzamiento y exaltación de una persona con grandes alabanzas y honores.⁶⁶ Los discursos fúnebres pronunciados en la casa de gobierno antes de que comenzara el cortejo o en el cementerio de La Recoleta también sostienen esta idea.

Según *La Vanguardia* habían llegado para el sepelio 30.000 forasteros. José Niño escribe que «cinco millones de corazones (casi la población total del país) vieron marchar los restos del general».⁶⁷ La cifra que dan los periódicos es de 300.000 personas. Impresionante, más allá de su posible exceso, en una ciudad que según el censo de 1904 albergaba un poco más de 900.000 almas. Mas allá de la veracidad que pueden portar estos números es evidente que miles de personas se lanzaron a

⁶² *La Nación* (22 de enero de 1906).

⁶³ *El Diario* (22 de enero de 1906).

⁶⁴ *El Diario* (22 de enero de 1906).

⁶⁵ Niño, *Mitre*. . .

⁶⁶ *Ibíd.*, también *Tribuna*, *El Diario*, *La Nación*, *La Prensa*.

⁶⁷ *Ibíd.*, p. 72.

las calles de Buenos Aires el domingo 21 de enero de 1906. La cantidad es elocuente pero también la heterogeneidad social, étnica, etaria y de género de la concurrencia. «Desde las ínfimas clases hasta las mas altas».⁶⁸ La confluencia y convivencia social, especialmente valorada, se sumaba a la mezcla entre viejos veteranos con jóvenes y niños, entre ignotos y conocidos que, todos juntos, permitían imaginar el siglo XIX. Estas biografías, diversas y con experiencias múltiples, se tocaban en algún punto con la del propio Mitre que «... se difunde en la historia de 65 años de la vida política, militar y literaria. . .».⁶⁹

Hombres pero también mujeres. La participación de las mujeres en primer plano con un papel protagónico en el espacio público es original. En general, las grandes movilizaciones en las calles estaban dominadas por los hombres.⁷⁰ Su visibilidad en enero de 1906 –además de a la proverbial capacidad de seducción atribuída a Mitre– era la prueba más eficaz del amor que suscitaba el muerto.⁷¹ El gran padre era amado por sus hijos, varones y mujeres, nativos y extranjeros. La «babel de banderas» se impuso en el cortejo. Todas las colectividades movilizadas y participando mancomunadamente remitían a la concepción cosmopolita e inclusiva de nación. A diferencia de los fervientes debates que involucraban a dirigentes, intelectuales y la ciudadanía en general en torno a los criterios legítimos para definir la nación y la nacionalidad, distinto también del movimiento de ideas nacionalistas, culturales e identitarias en plena expansión en esos años, el funeral fue exhibido y narrado en los discursos como profundamente integrador.⁷² Marcharon codo a codo «banderas argentinas y banderas amigas»,⁷³ representantes de países y colectividades muy heterogéneas unidos pacíficamente en su compartida admiración por el muerto. Esta capacidad inclusiva se repitió entre las facciones y partidos políticos. En el cortejo nada remitía al presente conflictivo y no hubo, al menos públicamente, intención de apropiarse en exclusividad del muerto.⁷⁴ Las facciones y

⁶⁸ *La Prensa* (22 de enero de 1906).

⁶⁹ *PBT, Semanario infantil ilustrado* (27 de enero de 1906).

⁷⁰ Sobre las movilizaciones en la segunda mitad del siglo XIX en Buenos Aires, véase Hilda Sabato. *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*. Buenos Aires: Sudamericana, 1998; sobre la predominancia de los hombres en las movilizaciones católicas de principios del siglo XX y sobre sus transformaciones, véase Miranda Lida. «El catolicismo y la modernización urbana en Buenos Aires. Notas sobre las transformaciones en la movilización católica, 1910-1934». En: *Catolicismo y sociedad de masas en Argentina: 1900-1950*. Ed. por Miranda Lida y Diego Mauro. Rosario: Prohistoria, 2009.

⁷¹ El diario *La Nación* desplegó con énfasis esta idea.

⁷² Fernando Devoto. *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*. Buenos Aires: Siglo XXI de Argentina, 2002; Bertoni, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas*. . .

⁷³ *La Prensa* (22 de enero de 1906).

⁷⁴ En los discursos no hubo una apropiación partidaria de Mitre. No hay por ejemplo ninguna alusión al Partido Republicano y tampoco a la tradición política mitrista asen-

partidos, como acertadamente comentaba *El Diario*, «marchaban congregadas en legión sólo posible en tal cortejo».

¿Cómo experimentaron los contemporáneos el esfuerzo evidente de convertir el funeral en una experiencia colectiva que testimoniaba de la existencia de una comunidad emocional y nacional? No es posible saberlo, aunque no hay razones para pensar que las pretensiones del ritual y del ceremonial se impusieron de manera unánime y unívoca entre los participantes. La capacidad de describir y de interpretar el material simbólico es muy diversa y fue seguramente objeto de apropiaciones múltiples y diversificadas en función de la posición y la lógica de acción propia de los diferentes protagonistas y grupos.⁷⁵ El mensaje central de un mundo social y político integrado y unánime retratado en imágenes, pronunciado en discursos y contado detalladamente en narrativas que impregnó el acontecimiento de enero de 1906, no fue el único y seguramente fue recibido de manera disímil.

¿Por qué se movilizó tanta gente? También es difícil saberlo con precisión. La experiencia en movilizaciones, el culto a los muertos en general, y la participación masiva los días de fiesta en los cuales la gente se desplazaba por las calles del «corazón céntrico», pudo haber facilitado la participación.

La Vanguardia apela a la coerción, y el consiguiente descontento de los trabajadores de fósforos y de tranvías porque se los obliga a asistir al sepelio. El diario socialista también reconoce la emoción de muchos y la curiosidad de todos.⁷⁶ La popularidad de Mitre sin duda contó y también la curiosidad y el deseo de presenciar un espectáculo que no tenía antecedentes en la Argentina republicana. Los boletos a mitad de precio, que las compañías ferroviarias implementaron el domingo, seguramente también alentó la concurrencia. Una ciudad con crespones negros en todos los faroles de sus grandes avenidas, con la casa de gobierno y el cementerio decorado con flores y cintas negras, invitaba al homenaje pero también a la contemplación estética. El tono y el ritmo del cortejo fueron excepcionales. Ninguna descripción es lúgubre y triste, y si bien se invoca la palabra solemnidad, siempre se destaca el buen tono y el buen gusto que ritmaron la ceremonia del adiós.⁷⁷ No es la pompa predominante en los publicitados funerales de las eli-

tada en la representación del mitrismo como el más genuino para la causa porteña, véase Eduardo Zimmermann. «La prensa y la oposición en la Argentina de comienzos de siglo». En: *Estudios Sociales*, n.º 15: (1998).

⁷⁵ Para una crítica a los rituales fúnebres reducidos a un texto político homogéneo, coherente y consensual realizada por algunos trabajos antropológicos: A. Boureau y J. Revel. «Les corps séparés des rois français». En: *La mort du roi. Essai d'ethnographie politique comparée*. Ed. por J. Juillard. París: Gallimard, 1999.

⁷⁶ *La Vanguardia* (20 de enero de 1906).

⁷⁷ *La Prensa* (20 de enero de 1906).

tes y en sus mausoleos del cementerio de La Recoleta,⁷⁸ tampoco es el barroco de las exequias reales cuyos vestigios se sienten en los funerales de Manuel Dorrego. Este acontecimiento se desmarca, por su estilo, del pasado monárquico, del más reciente pasado rosista y de su propio presente.

Diferencias de estilos y de comportamientos. No era necesario remontarse al pasado para contraponer está multitud de enero de 1906 con las movilizaciones obreras del momento. El elogio de la multitud que destilan todas las descripciones del cortejo, no se limitó a su impresionante presencia numérica, sino también a su civilidad. En dos sentidos: porque en su capacidad de tributar honores, demostraba tener conciencia de lo que son y significan las virtudes cívicas y las austeridades republicanas,⁷⁹ y por que con sus comportamientos, se alejaba de las masas activas en la protesta social. Como reconocía el diario *La Razón* en su columna titulada *cultura popular* «es justo declarar que la cultura del pueblo de Buenos Aires, se eleva día a día, el respeto mutuo reemplaza a la grosería típica de otros tiempos y se advierte que la masa aprende a sofrenar los impulsos acatando sin esfuerzo, comprendiendo las causas que las inspiran, las órdenes superiores».⁸⁰

Fue un cortejo «de vibración triunfal... de turbulencias y borbotones de muchedumbre en *meeting* popular».⁸¹ Banderas, flores, bandas de música, estandartes, sombrillas multicolores fueron parte de un cortejo interminable. Y, como reconocieron los contemporáneos, por primera vez la Avenida de Mayo parecía estrecha. Por primera vez el cementerio de La Recoleta albergó a gente tan profundamente diversa.

Consideraciones finales

En diferentes momentos del siglo XIX, también antes, y especialmente en sus últimas décadas, se desató un impulso constante para honrar a los muertos ilustres, una vocación de recuperar para la nación a grandes ciudadanos y a próceres olvidados. Las movilizaciones de

⁷⁸ Para las transformaciones del Cementerio y las características que adoptan algunos mausoleos en el recambio de siglo: Sandra Gayol. «La construcción del recuerdo de las elites argentinas en el cementerio de *La Recoleta*: el miedo al olvido y a la invisibilidad social, 1880-1920». En: *Los miedos en la historia*. Ed. por Elisa Speckman Guerra, Claudia Agostoni y Pilar Gonzalbo Aizpuru. México DF: El Colegio de México-UNAM, 2009.

⁷⁹ *La Razón* (20 de enero de 1906).

⁸⁰ *La Razón* (21 de enero de 1906).

⁸¹ *El Diario* cuando muere Pellegrini, sin mencionarlo explícitamente, compara la tristeza y escasez de vibración triunfal que en su opinión definió su sepelio con otros –sin duda el de Mitre– en donde priman las turbulencias y borbotones de muchedumbre en *meeting* popular. En el de Pellegrini «... el pueblo se ha manifestado con singular elocuencia en su homenaje final al tribuno muerto... le ha hecho un entierro grave, un entierro de hombre de gobierno, sin turbulencias, sin grandilocuencias...». *El Diario* (17 de julio de 1906).

los jóvenes estudiantes, las concurridas peregrinaciones patrióticas, las repatriaciones, diseñan un contexto general de conmemoración, que unido a los cambios mas generales en las actitudes ante la muerte, brindaron el marco que hicieron posible el funeral de Bartolomé Mitre. Pero, ¿dónde reside su especificidad? En la cantidad de personas que convocó, en su diversidad etaria, de orígenes, de clase y de género, y en la unanimidad valorativa que generó el legado del muerto. Las críticas que en vida había suscitado su figura, las vetas más polémicas de su personalidad, las acciones controvertidas de su abultada vida pública, fueron silenciadas cuando se conoció su agonía e impensables el día de su muerte y funerales. Mitre tuvo la extraordinaria capacidad de aglutinar en sus expresiones simbólicas, las tradiciones en disputa sobre la integración del panteón nacional. Si en 1901, cuando cumplió 80 años, se lo homenajeó pública y masivamente, fue en el momento de su muerte y a partir de ella, cuando aparecen varias iniciativas para convertirlo inmediatamente en héroe de la nación y de colocarlo junto a los padres fundadores.⁸²

La muerte de Mitre fue especialmente significativa por que sucedió en un momento especial de la Argentina. El país estaba próximo a celebrar su primer Centenario de vida independiente y él, Mitre, iba a ser ofrendado como la única reliquia viviente del proceso iniciado en 1810. En los homenajes que empezaban a mentarse para celebrar el Centenario, iba a ser especialmente honrado. Había recorrido casi todo el siglo y sido testigo y artífice de los acontecimientos públicos más significativos. El siglo de la Argentina, como publicó *Tribuna*, «se confunde con la biografía de Mitre. Ese siglo y ese hombre se confunden en la memoria».⁸³ Su nacimiento en 1821, año de disolución del poder central y de inicio de las guerras civiles, fue presentado como premonitorio de su gesta futura: liderar la unidad nacional y erigirse como primer presidente del país unificado en 1862. Conoció y se enfrentó con casi todos los hombres públicos del siglo XIX. Igualmente importante, lideró los elogios fúnebres de las dos repatriaciones más significativas del siglo XIX (la de San Martín y la de Rivadavia) y modeló los homenajes fúnebres públicos de los hombres públicos en los aniversarios de sus muertes.⁸⁴ Como ellos, sufrió el destierro y murió austeramente, pero a diferencia de ellos no murió joven. En palabras del diario *Tribuna*: «... la muerte reservándonos hasta hoy al gran viejo, ha satisfecho la deuda que con nosotros contrajo al arrancarnos en edad temprana cien

⁸² Las dificultades para acceder a la consulta imposibilitaron que incorporáramos al análisis las diversas medallas acuñadas, los pormenores de la construcción de un monumento para «mantener su memoria» –inaugurado en 1921–, y los intentos –fallidos– de cambiar nombre de plazas y calles para llamarlas Bartolomé Mitre.

⁸³ *Tribuna* (19 de enero 1906).

⁸⁴ Véase *Arengas de Bartolome Mitre*. Buenos Aires: Biblioteca de la Nación, 3ra edición, única completa, 1902, vol. I.

existencias preciosas. . . ».⁸⁵ Su longevidad lo convirtió en centenario y secular. Mitre era el último sobreviviente de la generación de 1820, el que lloró la muerte de tantos, y de tantos suyos: su madre, dos hermanos, su esposa y tres de sus hijos.

Vivió mucho y también a diferencia de aquellos que integrarían con él «el cielo de la historia»⁸⁶ no murió en el exilio, solo, sino que murió en su país, en su ciudad y en su casa. No fue después de muchos años de muerto que se le rinden honores, como sucedió con la mayoría de los muertos convertidos en grandes hombres. Este desquite que permitía Mitre, se acopla a la idea, a la convicción, de que la clase dirigente se está muriendo. Esta idea muy presente en la época, pareció verse reforzada por los hechos: 1906 se conoce como el «año de los funerales» pues muere Mitre en enero, el presidente en ejercicio Manuel Quintana en marzo, Carlos Pellegrini en julio y Bernardo de Irigoyen en diciembre.⁸⁷ Mitre condensó en su figura la idea de pérdida, de desaparición de prácticas y de valores. Este sentimiento de pérdida brindó un sentimiento de comunidad en el anonimato, a través de la creación de un lenguaje y prácticas compartidas.⁸⁸ Su muerte y los honores recibidos fueron un tributo a un «mundo perdido»: el de una forma de hacer política por personajes extraordinarios. Con claridad *La Liberté* escribió:

«... era un hombre legendario. Su larga existencia, – nació en 1821 – tiene algo de épico y de novedoso. Fuera de Garibaldi –de quien fue amigo y émulo– no hay en la historia americana tan fértil en cosas imprevistas, personaje más extraordinario. Si Garibaldi fue el último *condottieri*, Mitre ha sido probablemente el último caudillo. En nuestra época las ideas se orientan cada vez más hacia el prosaísmo y la política, lo mismo que el otro teatro, no deja lugar alguno a los papeles heroicos. . . ».⁸⁹

En *Caras y Caretas*: «porque con Mitre desaparece el último resto de las épocas patricias. . . se va un pasado de victoria y sacrificios, luchas ardientes y apasionadas. . . ».⁹⁰

Mitre clausura una forma de hacer política asentada en la palabra, la pluma y la espada. Como hombre de todo el largo siglo XIX, el siglo

⁸⁵ *Tribuna* (19 de enero 1906).

⁸⁶ Esta expresión de *El Diario* aparece también en las numerosas poesías reproducidas por el diario *La Nación*. La representación más frecuente alude a Mitre encontrándose en el cielo con San Martín, que es quien lo recibe.

⁸⁷ Por ejemplo cuando muere Saénz Peña: «... su muerte significa un nuevo vacío en el escenario de nuestra alta intelectualidad y nuestra sana política». *El Diario* (22 de diciembre de 1917).

⁸⁸ Clive Seale. *Constructing Death. The sociology of dying and bereavement*. Cambridge: Cambridge University Press, 1998, p. 122.

⁸⁹ *La Liberté* (5 de febrero de 1906); reproducido por *La Nación* (7 de febrero de 1906).

⁹⁰ *Caras y Caretas* (27 de enero de 1906).

se recapituló y pensó a partir del homenaje rendido a su figura el día de su muerte.